

—Responded, ¿es esta vuestra letra? aguardó una sola palabra.....

—Es verdad, pero juro.....

—¡Silencio! una palabra todavía: ¿á ese..... hombre, le amábais?....

—Sí, pero escuchadme.....

—No, la interrumpió con desesperacion Alonso, conozco la influencia de tu dulce voz, y me harías creer todavía en tu inocencia..... ¡Infame! ese acento interesante de verdad..... esa ardiente mirada, ¡no eran sino un fingimiento! Qué..... ¿cuándo has pronunciado para mí esa dulce palabra, *te amo*, ya se la habías dicho á otro?.... ¡blasfema!.... cuando viniste á arrojarte en mis amantes brazos ya estaba mancillada hacia tiempo tu frente. ¡Atrás!.... ¡huye de mí!..... hipócrita cortesana..... no te conozco..... atrás. ... maldita seas!

Cada palabra era una puñalada que atravesaba el corazón de María. Esta, hecha un mar de lágrimas, se arrastraba á los pies de Alonso.

—No me maldigas, Alonso, no, le decía, no, te lo suplico, perdóname, oyeme y despues me quitarás la vida.

Inflexible Alonso, la miraba friamente á sus pies con el mas desdenoso desprecio.

—Inútiles son, señora, vuestros juramentos y vuestros gritos..... ahí teneis oro.... salid de aquí.

Y al mismo tiempo la arrojó un bolsillo lleno de oro.

Entonces María se levantó con dignidad y con noble altivez le dijo:

—¡Oro! ¡oro para mí! y arrojarme así de tu presencia sin oirme ni una sola palabra! Aunque fuese mil veces mas culpable, yo esperaba merecer de tu parte mas compasion. El juez al condenar á muerte á un criminal le concede clemente algunas palabras para su defensa..... ¿Lo has hecho tú conmigo, cruel?

Aterrado con la fuerza de esta razon, Alonso la permitió hablar y María continuó:

—Pues que lo permites.... escucha tranquilo un momento. No, Alonso, no he merecido tu maldicion..... pongo al cielo por testigo de que mi alma es siempre pura. Sí, lo juro. Desde el primer día en que te ví..... tú fuiste mi único amor. Hubiera debido confesarte esta falta pasada. Si lo hubiera hecho me hubieras abandonado. ¡Oh! ¡si tú, lo supieses todo!.... ¡Si yo te lo dijese me compadecerías en vez de maldecirme! Si supieses cómo me vendió ese hombre, como supo interesar mi corazón..... decía que era un desgraciado proscripto. y yo le compadecía al escuchar su desgracia: me dijo que me amaba..... y yo le entregué mi alma. ¿Te conocía yo acaso entonces? El pérfido mentía. Despues que dominó en mi corazón me abandonó dejándome deshonrada..... me dijeron que habia venido á Sevilla y vine aquí..... ¿con qué esperanza? ¿era la de vengarme? no lo sé; pero vine aquí: en vano lo busqué por todas partes; en fin, Dios sabe que iba á morirme cuando de repente te ví, Alonso: no sé lo que á tu vista sintió mi corazón..... y como me mirabas con dulzura, un nuevo sentimiento absorbió mi existencia; todo desapareció en mí, hasta el nombre del traidor..... me olvidé de mí misma y no vi mas que á ti. Recuerda nuestros hermosos días de embriaguez, aquellas conversaciones tan largas y tan cortas, aquellas enamoradas miradas, aquel elocuente silencio de dos amantes felices, y dime ahora que no te ciega la cólera, si ese es el amor de una mujer perdida.

Fascinado Alonso con las palabras de María, pesábale en el alma la crueldad con que la habia tratado.

—Díme, continuó María, cuando esta mañana querías ante todo el mundo darme tu nombre y tu mano al pie de los altares llamándome tu esposa, ¿lo he aceptado yo? responde.

Alonso permaneció silencioso y confuso.

—En mi lugar, Alonso, ¿qué mujer hubiera obrado así? y mas tarde, cuando ese hombre, de mirada de víbora, ha venido á esta casa.....

—¡Qué! ¿era él! ¿mi amigo, el que yo tenia por hermano? le interrumpió con fuerza Alonso.

—Sí, él era. Que ¿no lo sabías? ¿Sabes tú lo que decía cuando llena de alarma, le suplicaba, para que callara, de rodillas, con los ojos bañados en lágrimas? El infame quería, sí, seducirme todavía..... á tan vergonzosa condicion he preferido la muerte.....

Y añadió despues con una amarga ironía:

—Aun me amarias todavía si yo en mi demencia hubiera querido comprar su silencio con un segundo deshonor.

Entonces Alonso cayó á su vez de rodillas delante de María exclamando con toda la efusion de su alma:

—¡Oh! yo te amo siempre, María..... perdona.....

—Es demasiado tarde. Todo se ha roto entre nosotros. Ve á buscar á cualquier parte una doncella pura; ve á coger esa flor en el seno de su familia, en el momento en que su frente se abra al día..... que no haya sentido todavía nada..... y que crea que el amor es el casto beso que da á su madre..... y sin embargo, Alonso, añadió interrumpiéndose con desesperacion, mi amor á tí fué sincero. Me alejo para siempre de tu vista. Es indispensable. Lo pasado mancillaría el porvenir..... Te conozco bien, olvida si puedes hasta mi nombre..... yo te lo suplico, Alonso; no abandones tu alma á todo su dolor... yo no merecía poseer tu corazón... Alonso, perdóname haber tenido tu amor, y haberte mentido para ser tu amante.

Y despues con una emocion desgarradora añadió:

—Alonso, ya no nos volveremos á ver sino delante de Dios. ¡Tú, me has maldecido! ¡yo te bendigo!.. ¡Adios!

Y se salió corriendo de la estancia.

VIII.

Alonso se levantó presuroso para detenerla, corrió á alcanzarla, pero cuando llegó á la puerta ya habia salido María de la casa. Alonso habia visto desaparecer, desvanecerse en un solo día todo su porvenir de ventura y de felicidad. Ardía su cabeza, lamentábase de su innmerceda suerte, nada le quedaba sobre la tierra.... nada.... excepto la muerte. Pensó en ella; empero en breve sus arraigadas creencias de cristiano le hicieron ver que era una cobardia morir tan joven, desconocido, solitario, sin dejar nada en el mundo de aquella grande inteligencia con que Dios le habia dotado; avergonzose de haber pensado un momento, de haber querido darse la muerte para olvidar la mujer que amaba; pensó vivir para las artes y para la gloria; lamentándose en su delirio de que sus ojos ya no hallarian aquella celeste sonrisa y aquellas celestes miradas que le inspiraban para pintar los ángeles del cielo y las vírgenes que salian de su pincel, que un pueblo entero adoraba en los altares. Creía que un hombre no debía morir sin dejar nada sobre la tierra, sin concluir la mision divina que el Creador le habia impuesto al enriquecer su imaginacion con un rayo de su divina inteligencia.

IX.

Apenas se había calmado su agitación cuando Sebastian, que durante habían pasado estas terribles escenas había estado almorzando alegremente y venía con la cabeza algo perturbada con el vino, se presentó a su vista y le dijo:

—Alonso, no creí que se comiera tan bien en casa de un pintor. He almorzado como en mis buenos tiempos. He visto pasar..... ya sabes, esa mujer... que acabas de despedir. Espero que te habrás portado con calma y nobleza. Perfectamente..... temía tu debilidad. ¡Qué diablos! aleja la tristeza de tu corazón y diviértete como yo. Tú deberías viajar..... Alonso, déjame hacer y yo sabré distraerte de este loco amor. Ya verás mis medios de curarte..... fácilmente.

—Calla. No abuses de mi abatimiento; contestó Alonso, que parecía al principio no escucharle. Tengo tan oprimido el corazón que nada puedo decir, pero pronto a mi dolor reemplazará el delirio. Si me quieres creer véte, no aguardes á que despierte.

—¡Abandonarte yo en semejante momento, cuando padece tu corazón, cuando está enferma tu cabeza! no, yo quiero curarte de ese mal que degrada, de ese ridículo amor de una mujer perdida.

Alonso conteniéndose, con una voz sorda le dijo:

—Déjame..... ¿me oyes?

—¡Yo dejarte! repuso friamente Sebastian; lo he oído muy bien; pero quiero curarte, aunque sea á costa de mi vida.

Ya exasperado Alonso le gritó:

—¡Dios mío, véte..... véte!...

—Estás loco, amigo mío, piensa en tu porvenir, que es todavía muy hermoso.

—¡Mi porvenir, dices, mi porvenir! ¡amigo mío, tú lo has disipado! ¿No podías haberte callado? ¿por qué no me dejaste vivir en mi error..... ¡mi porvenir! ¡ay! estaba en su corazón, en su amor..... ¿qué importa que fuese fingido ó verdadero, pues que yo lo creía sincero? ¡El dolor me agobia, Sebastian, me has muerto!...

—Nadie se muere por eso. Ya sé yo lo que son esas cosas: he pasado por ellas. Si se muriesen todos los que engañan las mujeres ¿qué sería de la pobre humanidad? Todo pasa, Alonso.

—Véte, retírate, Sebastian, me vuelvo loco; véte si me crees..... no sé..... pero conozco que me era fiel. Se ha marchado, ¡y á dónde habrá ido!.... Sebastian, corre á buscarla, dila que vuelva, que no creo todo lo que me has dicho..... que tú solo eres culpable. Pero marcha..... si tú supieses todo lo que yo tenía aquí.... dijo golpeando su frente, y al mismo tiempo con la vista espantada, añadió: y tú..... tú, que con una sola palabra has destrozado mi existencia, permaneces quieto, riéndote de mi dolor?.... ¿no has visto cuantas veces mi mano ha acariciado involuntariamente este puñal para traspasarte el pecho?.... por Dios te lo suplico, en nombre de nuestra antigua amistad, véte. Si hasta aquí he reconocido en ti un hermano, podré olvidarlo.

—¡Un pintor, un grande artista, un corazón generoso sucumbir al peso de semejante desgracia!.... eso es vergonzoso..... dormías y te he despertado, olvídale. En cuanto á esa mujer, es joven y bonita y encontrará quien la consuele. ¿Quién sabe?.... quizá en este momento estará en los brazos de algun antiguo amante.

En aquel instante se oyó por la parte de afuera un confuso rumor de voces y de gritos.

Agrupábanse cerca de la playa las gentes del pueblo. Acababan de sacar de las olas á una mujer que se había arrojado al mar.

X.

Alonso, al oír los gritos del pueblo, se asomó al balcón de su estancia que tenía vistas á la playa, y allí, con la vista fija en la mar contemplaba lo que pasaba y comprendió inmediatamente el terrible espectáculo que tenía ante sus ojos.

—¿Qué es eso? le preguntó con indiferencia Sebastian.

—¡Infame! le contestó Alonso, cogiéndole por el brazo y arrastrándole con fuerza hacia el balcón.

—Mira, Sebastian, mira esa mujer que acaban en este instante de sacar de las olas..... dime..... ¿no la reconoces? ¡acaba de espirar!

—¡Muerta! exclamó lleno de terror, espantado Sebastian.

—¡Esa es tu sentencia! gritó con furor Alonso.

—¿Pero qué intentas hacer? contestó temblando Sebastian.

—¿Estás dispuesto á morir? prepárate.....

—Alonso..... soy tu amigo, casi tu hermano.

—¡Tú mi amigo..... mi hermano..... mientes, tú no crees en nada!

—Creo en la vida y en sus gozes.

—¡Desgraciado! tú has destruido todo en mí, gloria, amor, esperanza, nada me dejas..... ni aun la venganza, y cuando me ves dispuesto á castigarte, temes morir, morir en un instante..... de un solo golpe..... sin tormento..... insensato, defiéndete ó te mato!

Y al mismo tiempo, arrancando violentamente dos espadas de una panoplia que había colgada en la pared de su aposento, dando una á Sebastian se puso inmediatamente en guardia.

Alonso Cano era muy diestro en la esgrima, y así fué de corta duración aquel terrible duelo.

Sebastian cayó con el corazón atravesado de una estocada.

XI.

Alonso Cano tuvo que huir á Madrid para evitar el rigor de las leyes, que castigaban severamente el duelo.

Nadie había sido testigo de él y podía pasar por un homicidio común, cuyo rumor acreditaban los muchos enemigos que había creado á Cano su gloriosa reputación de artista.

El conde-duque de Olivares protegió á Cano, y en vista de las obras de pintura y de escultura que ejecutó en la corte, llegó hasta á ser nombrado pintor del rey y maestro de dibujo del príncipe don Baltasar Carlos.

Llegóse á olvidar con el tiempo y con las buenas influencias de Alonso, su desgraciado desafío de Sevilla; empero su genio, antes tan manso y apacible, se convirtió en ágrío y provocativo, lo que le originó no pocos disgustos en el curso de su larga y azarosa vida.

El grande artista vivía cómodamente en Madrid, y se había casado, cuando una imprevista desgracia le lanzó á nuevos y terribles disgustos.

El 10 de junio de 1664, según refiere don José de Pelli- cer y Tovar en sus Anales, un pobre que acudía á su casa para copiar sus pinturas, valiéndose de la ausencia de Cano, sorprendió á su mujer en la cama y la asesinó, y oyendo Alonso que la justicia sospechaba de él y que se le for-

maba causa, huyó á Valencia y desde allí á la Cartuja de Porta-Coeli, dejando en una y otra parte pinturas de gran mérito.

Volvió á Madrid, donde estuvo oculto por algun tiempo, pero la fama de sus pinturas le descubrió, y apesándole le dieron tormento para que confesase haber sido el autor de la muerte de su esposa; pero Cano se mantuvo firme en negar y sufrió con constancia los dolores de la tortura, por lo que fué declarado inocente y puesto en libertad. Volvió á la gracia del rey, vistió hábito clerical, y continuó instruyendo al príncipe en el arte de la pintura; pero se portó de modo que el príncipe tuvo que exonerarle de este cargo.

Habiendo vacado en la catedral de Granada una ración de música vocal, persuadió Cano al cabildo de la utilidad que resultaría si suprimiendo aquella plaza, se la conferían á él como arquitecto, escultor y pintor. El cabildo, que conocía el mérito de Cano lo hizo presente á Felipe IV, y S. M. condescendió á la instancia por real orden de 11 de setiembre de 1651, con la condicion de que Cano se ordenase *in sacris* dentro del término de un año.

Indiferente al cumplimiento de esta condicion, tuvo que sufrir algunas reconvenciones, hasta verse despojado de su beneficio. Por último, el obispo de Salamanca le confirió una capellanía y le ordenó de subdiácono, y entonces mandó el rey se le restituyese la racion, la que disfrutó tranquilamente hasta su muerte. Murió en Granada el 5 de octubre de 1667.

Murió religiosamente pues fué siempre hombre de grandes creencias. Era tan amante, tan entusiasta del arte, que se cuenta que cuando estaba agonizando y el sacerdote le presentaba para auxiliárle la imagen de un Santo Crucifijo, no quiso mirarlo por lo mal ejecutado que estaba, y pidió que le trajesen una cruz sencilla con la que falleció devotamente abrazado.

Alonso Cano dejó muchos y distinguidos discípulos. Brillaron entre ellos, Alonso de Masa, Miguel Gerónimo Cieza y Sebastian Herrera Barnuevo.

Alonso Cano fué á la vez un gran pintor, un gran escultor y un gran arquitecto!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

DE LA AMISTAD

CONSIDERADA COMO BASE DE LA SOCIEDAD DOMESTICA.

La Sagrada Escritura, fuente principal, de toda sabiduría; ese libro divino, que inspira veneracion y respeto á los mismos incrédulos; ese libro, que encierra en sus páginas eternas los preceptos de la mas acendrada virtud; ese libro, que nos revela los sentimientos mas ocultos é imperceptibles del humano corazon, y la fuerza de las pasiones que nos agitan desde la cuna hasta la fría losa del sepulcro; la Sagrada Escritura dice: «El que ha encontrado un buen amigo, tiene un tesoro en sus manos.» Estas palabras tan verdaderas como profundas y admirables por su lacerismo, nos dan á entender que la amistad es el lazo mas fuerte, que sigue muy de cerca al parentesco. Suponed que un padre desnaturalizado odia á sus hijos en vez de que-

rerles y amarles, este parentesco tan intimo, lejos de producir lisonjeros efectos, convirtiendo los hogares domésticos en un santuario, será la manzana de la mas honda discordia, de disputas encarnizadas, de fiera y obstinada saña. Pero si ese padre y sus hijos se aman entrañablemente, toda su familia ofrecerá á la vista del mundo el halagüeño espectáculo de un nuevo Eden, de un verdadero Paraíso terrenal, porque ninguno de ellos emprenderá cosas, que puedan causar algun disgusto ó desazon á los que considera como partes de sí mismo. El hombre, que se manifiesta ingrato y desleal con sus amigos, pierde desde luego el derecho á la confianza de los que alimentan sentimientos virtuosos; y esto es tan cierto y positivo, como nos ha dejado escrito un filósofo antiguo (1), que podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que las leyes de la amistad tienen un punto de partida y bases tan invariables, que los hombres mas malvados se ven en la precision de respetarlas si quieren vivir juntos, porque en donde no hay amistad, no puede arraigarse la fuerza de los pactos y convenios, que por muy ruines que sean, no dejarán nunca de ser necesarios para el mantenimiento de una mútua y estricta union entre cierto número de individuos.

No podemos ciertamente desprendernos de los parientes, á quienes nos ligan las leyes de la sangre; pero los lazos de la amistad dependen de nuestra propia eleccion. Debemos, pues, elegir nuestros amigos con mucho tino y refinado tacto, y debemos examinar de antemano su buena conducta y la pureza de sus costumbres é intenciones, porque si un buen amigo es verdaderamente un tesoro, los falsos y perversos amigos, que se nos presentan, con cara risueña y fingida afabilidad, son la triste realizacion de la pintura muy filosófica, que nos ha dejado Dante del fraude, diciéndonos que bajo un aspecto sereno y un rostro muy ingenuo y seductor abriga sentimientos malignos y la fiera ponzoña del engaño.

Los jóvenes, naturalmente confiados, creen descubrir en cada uno de sus semejantes un verdadero amigo, que pueda consolarles en sus aflicciones y en los percances mas azarosos de la vida; pero tan luego como una triste experiencia les demuestra lo contrario, acaban en sus años maduros por creer falaces y engañosos á todos los que se dan el título de amigos. Nosotros, aunque conocemos que una amistad leal y desinteresada es cosa muy peregrina en este valle de miserias y amarguras, no titubeamos en afirmar que una desconfianza sistemática echa en el corazon los gérmenes venenosos del mas repugnante egoismo, que figura siempre en primer término en todas las obras desoladoras de Helvecio, cuya lectura pervierte el ánimo hasta el extremo de convertir al hombre en un ser vilísimo, dominado únicamente por la idea de un interés sórdido y todo personal. Si nosotros, sin excepcion ninguna, adoptamos como principio que la palabra amistad no es mas que un vocablo de obsequiosa y fementida convencion, pasando de consecuencia en consecuencia, acabaremos por convencernos de que nosotros únicamente somos los buenos. ¡Idea muy triste y desventurada, que nos separará de todos los demás hombres, y nos grabará el sello del egoismo y de la insociabilidad! Los que tan crudamente se abandonan á una insensata desconfianza, merecen ser comparados á un antiguo ateniense, que figura en la historia con el nombre de Timon. Convencido intimamente ese desgraciado de que todas las criaturas humanas eran perversas, se regocijaba

(1) Aristóteles.

en su destruccion, y un dia se presentó al pueblo, hablándole en esta forma: «Señores, tengo en el patio de mi casa una higuera, que ha servido de horca á muchos, que se han suicidado: tengo dispuesto cortarla, y por lo tanto os digo y manifiesto mis intenciones antes de hacerlo, para que los que quieran suicidarse se apresuren á verificarlo antes de perder esta buena proporcion.»

Volviendo mas de cerca á nuestro argumento, nos parece muy del caso dar á conocer á los lectores, que todas las reformas sociales propuestas por los utopistas mas antiguos, como Pitágoras y Platon, y por los modernos, como Campanella, San Simon, Carlos Fourier, Owen, y los demás socialistas ó comunistas, están fundadas en la fuerza de la mas perfecta amistad. ¿Qué han pretendido y que pretenden todos esos utopistas, llevados en alas de su acalorada fantasía y de sus delirios?—Unificacion del trabajo en beneficio comun, abolida la propiedad, educacion uniforme y única; y últimamente, en mayor ó menor escala, madres é hijos, ó comunes ó propiedad del Estado.—Sabemos muy bien que todos esos ensueños han fracasado y muerto en mantillas; pero ¿no es cierto lo que acabamos de sentar, que todas esas reformas irreales no han tenido ni tienen mas punto de partida ni mas norte que la amistad, como lo demuestra su pretendida unificacion de todos los principios sociales?

Nosotros no queremos bajo ningun concepto imitar á Gregorio Leti, que en su *Historia crítica de las loterías*, reduce á lote todos los actos mas diferentes y distintos de la vida. Nosotros, en fin, estamos muy lejos de sostener el absurdo de que todos los resortes, que dan fuerza y movimiento á la familia y al Estado se reducen á la estricta observancia de las leyes de la amistad; pero no vacilemos en sostener con ahínco que ella sirve de base principalísima al bien estar de todos los individuos, aisladamente considerados, ó como miembros de todo el cuerpo social.

La amistad pura tiene en sí un carácter sublime, tiene algo de angelical: el Redentor del mundo, nos ha dejado el ejemplo mas brillante de ello en las palabras, que dirigió á Juan y á la Virgen Santísima antes de exhalar el último suspiro, diciendo al primero: «Esta es tu madre;» y á la segunda: «Mujer, éste es tu hijo.»

La naturaleza ha depositado en nuestro corazon el germen de un afecto mútuo hácia nuestros semejantes, de un afecto, que se va paulatinamente desarrollando en los jóvenes, de un afecto que adquiere mas fuerza y energía entre las personas de distinto sexo. Este afecto sirve de base á la constitucion de la familia, y refuerza cada vez mas los lazos de la amistad, cuando se convierte en un amor casto; pero puede convertirse en un escollo peligroso y en un lodazal de impurezas y abominaciones para la juventud, si ésta se deja arrastrar por el fuego de sus pasiones. He aquí por qué San Francisco de Sales dice en su *FILOTEA*, que la amistad íntima entre personas de distinto sexo nos espone á graves peligros, y que es menester moderarla cuando se conoce que no conduce á buen término. He aquí por qué Job, ejemplar de paciencia y virtud, elevaba incesantemente ruegos muy fervorosos al trono del Altísimo, diciéndole: «Señor, santificad á mis hijos, que jóvenes y sin experiencia, pueden abandonarse á desórdenes culpables.»

Si los lazos de la amistad no son cándidos y puros, si no son desinteresados é ingenuos, se quebrantan tarde ó temprano, y dan margen á sinsabores que emponzoñan la vida, porque dimanen de corazones corrompidos, incapaces por

sí mismos de conservar lealtad y afecto. Colletta en su *Historia de Nápoles*, libro clásico, y que ha adquirido hoy justa y merecida fama en todo el orbe literario, dice, hablándonos de la indole feroz de cierto Nicolás Speciale, que este hombre infame condenó alevosamente á la última pena, á uno llamado Fiano, su amigo íntimo, cuando vivían entrambos entregados á impuros deleites en el abril de sus años. ¡Lección terrible para los jóvenes que se abandonan con facilidad á una vida desarreglada y lasciva! El príncipe de los oradores romanos, hablando de la amistad, se espresa en esta forma: «Ninguna de las sociedades es mas noble, ninguna es mas estable que la de los hombres virtuosos, unidos por la conformidad de sus costumbres y por su amistad.» Las palabras y los consuelos de un verdadero amigo son un farmaco saludable, un bálsamo celestial para el hombre afligido y abrumado de pesares. Los que deseen tener un claro y elocuente testimonio del mucho poder de la amistad y del benigno influjo que ejerce en la desventura, que recorran con detencion en la obra de Silvio Pellico, titulada *Mis prisiones*, las páginas patéticas y bañadas de tristeza en que habla de Maroncelli, de su única y fugaz entrevista con Oroboni, y de la temprana muerte y larga agonía de ese joven infeliz.

«La amistad, dice un antiguo filósofo (1), tiene algo de divino, y es un reflejo del cielo, caído sobre la humana estirpe: es el amor mas santo y delicado; es un nudo indisoluble; es el himeneo mas puro de dos almas.» Estas palabras pueden servir de apéndice ó comentario á las de nuestro Redentor Divino; el cual despues de haber elevado á la categoría sublime de sacramento el matrimonio, dijo: «Los cónyuges son dos almas en un solo cuerpo.» ¿Hay un don mas puro y esquisito que la amistad? Este don ocupa el primer puesto entre las pasiones nobles, que embriagan el corazon con inefable contento y alegría. «La amistad, dice Séneca, es un pacto tácito entre dos personas pacíficas y virtuosas,» y ella lo puede todo, porque el amor en que se apoya la amistad salva todos los obstáculos, y derrama en nuestros corazones el néctar de la dicha mas serena sin orgullo ni vanas pretensiones. La amistad es el farmaco mas saludable contra los males que oprimen el espíritu, y le anima y le recrea en sus mayores pesares. «Pero la amistad, dice Chisterfield en sus *Cartas*, es compañera inseparable de la igualdad y de la confianza, ni pueden las tres vivir aisladamente: si las dos últimas la abandonan, la amistad se disipa, desaparece, se aniquila.»

Las amistades mas fuertes y duraderas, las que se prolongan con frecuencia hasta que la fria losa del sepulcro encierre nuestros despojos mortales, las que dejan tambien, despues del término de nuestra corta existencia una memoria melancólica y suave á un tiempo en el animo del amigo que sobrevive, son cierta é indudablemente las amistades que se contraen en nuestra infancia. Entonces los corazones vírgenes y confiados adquieren el hábito de un amor puro, sin malicia ni interés; y esas amistades, que nacen casi espontáneamente, y que crecen y adquieren grandes dimensiones, como las ramas frondosas de un árbol, cuya sombra recrea al pasajero é infunde nuevo vigor á sus fatigados miembros, tienen algo de celestial, que comunica á nuestro espíritu mas fuerza y vigor para no sucumbir bajo el peso de los grandes sufrimientos.

Una antigua alegoría, que enlaza la fábula con la histo-

(1) Ciceron.

ria, dice que Astrea, diosa inexorable de la eterna justicia, voló al cielo, cuando vió que la Edad de oro se había convertido en otra de hierro, madre y promotora de todos los crímenes. Entonces el fraude, el disimulo, la astucia, el engaño, se cubrieron con el falso oropel de una afectada ingenuidad, de un candor fingido, y usurparon á la amistad su propio nombre: ¡infeliz! Esta compañera fiel de Astrea se quedó desamparada en este mundo; se vió por do quiera perseguida, y tan solo encontró un triste asilo en el reducido número de algunos corazones bondadosos, é indignos de vivir en la Edad de hierro, que todavía dura. César Cantú, penetrado tal vez de lo que acabamos de consignar, al hablarnos de la amistad en una novelita suya, titulada *Carlos Ambrosio*, escrita con el único y firme propósito de propagar los sentimientos de la mas refinada moral, nos dice, respecto al disimulo y á la malicia de los hombres, que se encubren con el manto de la hipocresía, y que afectan amistad, que *Carlos Ambrosio*, despues de haber dado atento oído un día á las palabras de un amigo suyo, que le exhortaba á tener una casa mas grande, exclamó: «¡Ojalá tuviese yo la suerte de poder llenar esta casa que os parece tan pequeña, de verdaderos amigos!» Con efecto, son innumerables los ejemplos de los que han servido de juguete á la malicia de los falsos amigos; y los jóvenes de ambos sexos, y con especialidad las niñas solteras, poco versadas en la escuela del mundo, no deben jamás contraer amistades sin la aprobacion de sus padres ó de sus deudos mas ancianos, que apoyados en una larga esperiencia, podrán conocer con facilidad las buenas prendas que enaltecen al hombre ó los vicios que le amanejan y se ocultan á la vista de los jóvenes, que apenas rayan en el primer abril de sus años. Un buen amigo contribuye sobremedura á desarrollar en nosotros el germen fecundo de todas las virtudes; y un amigo perverso, por el contrario, nos lleva insensiblemente al borde del abismo en términos tan perentorios, que conoceremos el peligro cuando ya sean ineficaces todos los remedios. Los que hayan leído y meditado la obra francesa titulada *Les Liaisons Dangereuses* (1), no juzgarán ciertamente ocioso ó inoportuno lo que acabamos de exponer.

Pero no queremos dejar de advertir en esta circunstancia que es muy inconveniente prodigar nuestra íntima amistad á los criados, porque sus modales casi siempre ordinarios, hieren nuestro amor propio, y nos ponen en el duro caso de sufrir descortesías impertinentes. Los criados tienen un derecho, como todos los demás ciudadanos, á exigir las mismas consideraciones que debemos á todos nuestros semejantes, y el que pretende tratarles como esclavos, abusando de su triste condicion, atenta contra la caridad cristiana; pero el que les otorga su amistad renuncia á su propio decoro y abandona el puesto que le corresponde para ocupar otro muy inferior. Entre los verdaderos amigos, los derechos y deberes inherentes al hombre, deben conservar una perfecta igualdad, y las palabras tuyo y mio, que manifiestan la separacion de intereses, deben ser borradas del corazón. ¿Puede esto por ventura realizarse sin grave perjuicio, tratando con nuestros criados ó con otras personas que pertenecen á una clase muy inferior á la nuestra? Ciertamente que no.

Chisterfield, cuyo nombre conocen ya los lectores, despues de haber espuesto á su hijo que una larga esperiencia nos lleva á desconfiar de los que se dan á si mismos el

título pomposo de verdaderos y leales amigos, dice lo que sigue: «¡Dichosos los hombres, que en el largo curso de una vida longeva, han podido cerrar los ojos á la luz del día con la certeza de haber tenido un solo amigo verdadero, y mas dichosos aun si han tenido dos!.... Los que han supuesto tener tres, han padecido un lastimoso engaño.»

Diógenes recorría en pleno día las calles de Atenas con una linterna encendida.... «¿Qué buscas, Diógenes?...—Busco á un hombre, y únicamente en Esparta he visto niños....» El conde de Ségur, hablando en su *Historia Universal* de ese varon muy célebre de la antigüedad, no vacila en exclamar: «¡Diógenes era mas bien loco que filósofo!» Nosotros estamos muy lejos de afirmar lo contrario; pero nos vemos obligados, por otra parte, á convenir en que algunas de sus máximas son muy recomendables, y que su linterna con que buscaba al hombre, es la mas bella alegoría de la insensatez y corrupcion del mundo. Pero si Diógenes no pudo nunca encontrarle por mucho que le buscara, ¿no es mas difícil aun para nosotros, encontrar á un verdadero amigo, en atencion á que nadie puede merecer dignamente este título, si no hermana todas las virtudes sociales y domésticas, propias del hombre, con otras muchas propias esclusivamente de los amigos, como el desprendimiento, el desinterés, la uniformidad de aspiraciones y deseos, la comunidad de afectos, y aquel amor cándido é ingenuo que une con un nudo indisoluble los espíritus? La leyenda oriental de Piramo y Tisbe, puesta en elegantes versos por Ovidio; el episodio de Olindo y Sofronia, escrito en tono elegíaco y patético por el inmortal cantor de la *Jerusalén Libertada*; el hecho muy antiguo de Damon y Pytias, son modelos muy acabados de amistad. Pero la primera y el segundo no salen de la esfera de una invencion poética, y el último no habrá dejado de llegar muy exagerado hasta nosotros. Pero sea como fuere, nosotros, despues de haber considerado á la amistad en este breve artículo bajo sus varios y distintos puntos de vista, despues de haber demostrado lo mucho que influye en el bienestar de las familias y de los individuos; despues de haber dado á conocer, que influye tambien, mas ó menos directamente, en la felicidad pública; despues de haberla considerado como una de las bases en que se apoya la mayor parte de todas las virtudes así domésticas como públicas, llegados ahora al término de nuestra tarea, añadiremos tan solo que un verdadero amigo será siempre un áncora de salvacion y consuelo en la desventura, y que un falso amigo será, tarde ó temprano, causa de nuestra ruina.

SALVADOR GOSTANZO.

PERDIDA DE UNA LIBRERIA.

La gran librería de Pinellian, despues de la muerte de su ilustre poseedor, hubo de trasportarse desde Pádua á Nápoles, y ocupó tres navios. En el viaje fué perseguida por los corsarios, que se apoderaron de uno de los navios; pero no hallando los piratas mas que libros, le sumergieron en el mar. Tal fué el destino de una gran parte de aquella famosa librería, que tantos años y tanto trabajo habia costado á su dueño para coleccionarla. Frecuen-

(1) Las Amistades peligrosas.

temente han perecido las librerías nacionales en el mar, cuando los conquistadores, ladrones al por mayor, estaban trasportándolas á sus propios reinos.

I. DIAZ SERVET.

IMPRESIONES DE VIAJE.

VISITA A LA ESPOSICION PUBLICA DE PARIS.

III.

Estamos en el tercer día de nuestra visita á la exposición pública del Palacio de la Industria. Entramos en la primera galería, la de las *Obras del arte*.

La exposición de pinturas ha sido notabilísima, y ofrece seguramente lisonjeras esperanzas sobre el porvenir reservado á los lienzos de tan buenos pintores.

No vamos á dar á nuestros lectores un árido catálogo de los principales cuadros que allí se admiran. Esto sería inútil, y así, al recorrer las salas de las diversas naciones emitiremos ligeramente nuestro juicio.

FRANCIA, es hoy la primera escuela del mundo.

BELGICA, marcha casi á la par de la Francia; pero el número de sus pintores es naturalmente mucho mas reducido.

La exposición belga se encuentra colocada en un anexo situado en el Parque en el *cuarto belga*.

LA INGLATERRA se presenta interesante en el sentido de que sus cuadros, aunque no sean siempre unas buenas pinturas, tienen una originalidad propia: son inglesas, reflejando perfectamente el carácter nacional, todo en ellos y para ellos.

LA ALEMANIA posee pintores de talento; pero puede convenirse de que son mas bien dibujantes que coloristas, son demasiado uniformes: tienen *demasiada escuela*, y llevan tan lejos esta tendencia, que su escuela es la escuela de sencillez.

SUECIA, NORUEGA Y RUSIA tienen tambien algunos buenos artistas, empero inspirados principalmente por la Alemania, son mas *germanos* que *francos*.

SUIZA, aunque ha presentado algunos hermosos cuadros en un edificio aparte en forma de templo en el Parque y *cuarto alemán*, ha ofrecido demasiado hielo y abunda la nieve en sus paisajes.

Damos la vista de este pabellon.

La HOLANDA, que tambien ha espuesto sus cuadros en un anexo en el *cuarto belga* del Parque, debía haber hecho mas y podría exigírsele cuando recuerda uno su antigua y célebre escuela.

La ITALIA, que produjo tambien en otro tiempo los primeros maestros del arte y que se habia hecho admirar despues de algunos siglos, se ha presentado en la exposición cual si quisiese revelar su antiguo brillo en las artes al recobrar su nacionalidad, y ha ofrecido preciosas obras de escultura.

La ESPAÑA, no menos célebre en otro tiempo por sus pintores, ha sacudido su letargo y su exposición actual ha presentado cuadros dignos de la patria de Murillo, de Velazquez y de Alonso Cano.

Un pintor español, Rosales, ha merecido la primera me-

dalla en la pintura, otro Palmaroli ha merecido la segunda, Gisbert, Gonzalo la tercera.

Ha hecho la admiración de los concurrentes á la exposición y escitado nuestro orgullo á fuer de españoles, el cuadro de *Isabel la Católica dictando su testamento*, de Rosales y el del *Sermon en la Capilla Sixtina*, de Palmaroli; *El desembarco de los puritanos en la América del Norte* de Gisbert; *Un interior*, de Gonzalo, y un retrato de la *Reina Isabel II*, de Casado, cuadros que en el año anterior habíamos admirado en Madrid en la exposición pública del paseo de la Fuente Castellana y á los que al saber que iban á ser espuestos en la exposición general de París en esa lucha entre todos los primeros artistas del mundo, auguramos la brillante victoria que han conseguido.

La AMERICA es un país que anima tan liberalmente á las artes y que transporta de la Europa al Nuevo Mundo todas las obras maestras antiguas y modernas que puede adquirir, y si hoy solo un pintor de aquellas regiones, *Church*, paisagista, ha podido obtener una segunda medalla, creemos que bien pronto podrá producir grandes pintores.

No terminaremos sin esponer una idea que nos ha suscitado la visita de esta interesantísima galería.

La exposición universal de pinturas de 1867, revela un gran peligro, la tendencia á la uniformidad y á la supresión gradual de las escuelas nacionales. Solo debemos exceptuar de esta observación á los pintores ingleses, que se espatriarían menos que los demás.

Rembrandt y Rubens han estudiado por todas partes los grandes maestros, los han encontrado; empero no por eso han dejado de ser el uno pintor holandés, y pintor flamenco el otro. Murillo, Velazquez, Zurbarán estudiaron los grandes maestros de su época; empero no por eso dejaron de dar cada uno á sus inmortales obras ese sello indeleble de españolismo que revelan sus lienzos.

Hoy es al contrario, un pintor moderno que vaya á estudiar á Francia ó á Bélgica, á los pocos años, casi inmediatamente, se convierte en un pintor francés ó en un pintor belga. Nos parece el remedio fácil, y aunque profanos en el arte, tendremos la audacia de dar un consejo á los pintores de todas las naciones. Estudiad por todas partes, empero pintad bajo vuestro cielo.

Habiendo concluido de dar la vuelta por la galería de pintura, nos volvemos á hallar en el vestibulo enfrente del puente de Jena y allí dando la espalda á este puente tomamos otra vez la izquierda y entramos en la GALLERIA SEGUNDA. *Material de las artes liberales*, indicación que se encuentra á la entrada misma de esta galería en el vestibulo.

Nos encontramos sucesivamente en nuestro camino, las exposiciones francesas relativas á la librería, á la papelería y á la encuadernación.

Vimos en un pequeño salon á la izquierda, la exposición de la *Imprenta imperial*, en donde en medio de muchas magníficas ediciones, nos hicieron reparar en el bellissimo libro de *La vida de César*, debido á la pluma de S. M. Napoleón III, y un modelo admirable de buenas y correctas impresiones, y un tipo de preciosas encuadernaciones.

Un poco mas lejos á la derecha se ven los pianos y los armónicos y se oye tocar allí el piano mecánico de Debain.

Casi enfrente y á la izquierda se ve una colección que celebran mucho los inteligentes de muestras anatómicas, trabajadas en cera, del doctor Auzoux.

Un espléndido tabernáculo de plata de forma gótica, con una custodia para colocar en ella el Santísimo Sacra-

mento del altar, obra colosal de platería y que no desmerece en nada á las obras maestras que admira España de los maestros Artes en Sevilla, Toledo y Granada, se encuentra á la entrada de la esposicion de las artes liberales de España.

Ha sido construida esta colosal custodia para la catedral de la Habana, por don Angel Moratilla, artífice platero de Madrid, que vive en la plazuela del Angel y en cuyo taller estuvo espuesta al público esta grande obra de arte, de genio y de paciencia, durante mas de medio año. Esta obra ha sido premiada y hubiese sin duda obtenido uno de los

primeros premios á haber sido menos modesto y mas audaz el inteligente artista español.

A la derecha se ve una coleccion de *trajes nacionales* de la Suecia y la Noruega, colocados sobre maniqués y que parecen un grupo de espectadores de la esposicion, tan perfectamente hechos y bien acabados están.

A la izquierda hay un elegante *salon ruso*, en donde hay espuestos gran cantidad de objetos artísticos, distinguiéndose entre todos los espléndidos *mosáicos rusos* colocados en anchos armarios, y en donde ofusca la vista la preciosa malaquita con su brillante color verde.



Pabellon de bellas artes suizas.

Allí y antes de entrar en la parte italiana, se admira en el vestibulo de separacion una graciosa estatua, obra deliciosa de Mr. Argenti, de Milan, que representa *El sueño de la inocencia*.

A la izquierda se entra en el *saloncito italiano* lleno de preciosos muebles, de mesas incrustadas, de *mosáicos florentinos* formados de piedras duras con los mas variados y preciosísimos dibujos, y riquísimas alhajas de iglesia.

La parte de *Turquia* esta á la izquierda y allí se ven tapices y alfombras orientales de esquisita belleza, de una riqueza fabulosa y de telas orientales tejidas de plata y oro

y recamadas de costosísimos bordados y preciosa pedrería.

Despues se llega á donde están los famosos *pianos* de los *Estados-Unidos*, que tan poderosamente han escitado la atencion del público y que todos los días tocan allí admirablemente los primeros profesores del mundo, formando las delicias del público desde las tres á las cinco de la tarde.

Mas lejos llama la atencion un perfecto modelo del *Monumento nacional* levantado por la Inglaterra en Hyde-Park á la memoria del príncipe Alberto, el esposo de la reina Victoria, y cuya estatua es del célebre Marchetti.

Aquí se concluye de dar la vuelta á la segunda galería, y nos volvemos á encontrar otra vez en el vestibulo, enfrente del puente de Jena.

Nos hallamos en la *TERCERA GALERIA, la de los muebles*.

Atravesamos el vestibulo y entramos por la izquierda por el lado de Francia, lado opuesto al del que veníamos.

Admiramos al pasar los bellísimos muebles de Fourdinot, el pabellon turco del bazar de viaje, de bellísimas colgaduras de seda, y sobre la izquierda el saloncito donde está colocada la esposicion de *Barbédienne*, riquísimas estatuas y bronceos antiguos. Allí hay una multitud de curiosísimos objetos que asombran y admiran al espectador.

Contemplamos despues los magníficos cristales de la *crystaleria de San Luis* y la de *Bacearat*.

Vimos unos cristales para espejos sin azogar de la fábrica de San Govain, en un vestibulo de separacion.

A la derecha entramos en un salon especial en donde el gobierno ha reunido las espléndidas *porcelanas de Sevres*, con los admirables *tapices de Gobelines*, cuya perfeccion es tal que no parecen tejidos sino acabados cuadros al óleo.

La manufactura de Sevres, es la primera manufactura de chinás y porcelana del mundo.

Allí vimos desde la mas pequeña taza y la mas rica vajilla hasta los mas colosales é inmensos jarrones cubiertos de preciosísimas y maravillosas miniaturas con esmaltes y espléndidos colores.

A la izquierda entramos en unos salones especiales para las *obras de platería*, y allí admiramos entre preciosas maravillas que nos dejaron absortos, el magnífico *juego de mesa* de plata dorada perteneciente al emperador Napoleón III, y ejecutado por Mr. Christoffe, el inventor de ese metal á que ha dado su nombre, y que en vista y duracion va reemplazando á la plata de suyo tan costosa, aun en los palacios de los reyes y de los poderosos banqueros, estando al alcance las obras de este metal, de las fortunas mas modestas.

A algunos pasos mas lejos y á la izquierda se ve un *altar mayor de bronce dorado*, fabricado para la catedral de Quimper, en el departamento de Finisterre, por la casa de Poussielgue-Rousane.

A la derecha hay un elegante salon de *perfumeria francesa*. Apenas se entra en él se encuentra embriagado el olfato con el delicioso aroma que exhalan sus productos y encantada la vista por el arte y la elegancia con que están presentados.

En la parte de perfumeria de la Prusia hay un magnífico bufet de palisandro y sobre él una fuente de mármol, en donde las señoras y caballeros pueden empapar sus pañuelos con el agua de colonia de Juan María Farina, el único y verdadero inventor de esta agua tan estendida en todo el mundo, é imitada por las innumerables recetas que de ella se han esparcido, empero que como todas las imitaciones, por perfectas que sean, no llegan nunca á la realidad.

Mojamos allí nuestros pañuelos, no sin haber tardado algun tiempo en poder llegar hasta la olorosa pila, haciéndonos el efecto aquella compacta muchedumbre, de una muchedumbre de fieles al penetrar en las grandes festividades en un templo católico á tomar el agua bendita.

A la derecha, en el ducado de Baden oímos una orquesta mecánica de Welte é hijo, cuyos sonidos son magníficos y que tocan sinfonías y grandes piezas como podria hacerlo una verdadera orquesta.

En Austria reparamos en la *crystaleria de Bohemia*: allí en grandes aparadores vimos cuanto es dable á la imaginacion humana idear en el cristal, tan claro, tan limpio, tan terso como la mas purísima agua. Hasta nos pareció que se notaba un cierto aire de frescura en aquella sala y que al levantar nuestra vista y contemplar las numerosas arañas de cristal que pendían sobre nuestras cabezas, se sentía en la atmósfera una deliciosa brisa.

En el vestibulo, á la entrada de la Italia, levantamos nuestra vista para mirar la gigantesca estatua de Cristóbal Colon, el genovés, que desdeñado por su patria y por la Europa entera y adoptado por *Isabel I de España, la Católica*, única que comprendió aquel genio, dió á nuestra patria un nuevo mundo. La estatua es obra de Mr. Vela.

Despues, á la izquierda, están los trages turcos, esos trages tan variados, tan ricos y tan pintorescos.

Por último vimos los cristales y soberbias porcelanas de Inglaterra y alhajas costosísimas de inmensa riqueza.

Allí vimos agitarse el cisne de plata de mister Harry, joven inglés. Este cisne parece nadar, el agua parece moverse por medio de hilos de cristal retorcido: el cuello lo mueve graciosamente, abre el pico y con él traga lindos pececitos plateados que nadan sobre aquellas aguas tan vivas y movibles. Es una obra maestra, bellísima, de platería y de mecánica.

Funciona únicamente de dos á cuatro de la tarde, y es uno de los puntos á donde mas afluyen los concurrentes á la esposicion.

Saliendo de la tercera galería volvimos á atravesar el vestibulo de la puerta de Jena, y entramos en la *GALERIA CUARTA* la de los *vestidos*.

Allí encontramos las obras de las primeras casas de modas de París; las ropas de algodón, de lana, de paño, y las magníficas telas de Lyon.

Allí tambien figuraban con honor en la parte de España los ricos paños de Cataluña, de Valencia y de Béjar, y las sederías de Barcelona, de Valencia y de Talavera.

A la izquierda los fusiles *chasepot* de aguja, que han decidido en la última guerra de Prusia y Austria en muy pocos dias de la suerte de Alemania.

En frente entramos en el pabellon de las alhajas, ó de la *joyería*, que tiene una atraccion particular irresistible para las señoras, y allí admiramos tesoros de riqueza convertidos en ramos y coronas, y el famoso diamante el *Sancy*, diamante que nos aseguraron que no tenía precio.

A la derecha de este salon estaba la esposicion de las flores artificiales, flores que sobrepujaban en belleza á las naturales, si el arte fuese posible que aventajase á la naturaleza. Tambien habia un pabellon con ornamentos de iglesia, recamados de oro, y en los que el gusto competia con la riqueza. Allí, en un gran escaparate, habia colocado en medio un árbol májico, lleno de animales ingeniosamente trabajados y que por resortes mecánicos se movían los unos y volaban otros de rama en rama con admirable exactitud y precision.

Entramos despues en un saloncito á la derecha, en donde están colocados los juguetes para los niños, y nos llamaron la atencion juguetes preciosísimos, muñecas que ejecutan todos los movimientos del cuerpo humano, que pronuncian algunas palabras, y sobre todo los pájaros mecánicos de *Bontemps*, que se mueven y cantan.

¡Felices niños los de esta época, para los que trabajan con tanto ahinco y perfeccion los primeros artistas del mundo, sin pensar en la precaria duracion de sus obras